

NOTAS

ALIENACION

REFLEXIONES SOBRE EL TEMA BASADAS EN TEXTOS
DE JOSE ORTEGA Y GASSET (*)

Este trabajo está planteado como un análisis del hombre y de su vida, y de cómo ésta puede convertirse en un proceso de desautenticación de la esencia de aquél o, dicho en otras palabras, de alienación de la personalidad debido a la acción de una serie de factores exógenos.

De esta forma, la vida queda planteada como un problema nacido de la tensión entre la influencia alienadora de esos factores exógenos, de una parte, y del esfuerzo que tiene que hacer el individuo para realizar su propia personalidad, para desarrollar su auténtico programa vital, de otra.

Para efectuar dicho análisis vamos a partir de lo que probablemente es el *cogito ergo sum* definitorio de la filosofía orteguiana: «Yo soy yo y mi circunstancia».

A partir de aquí es dable concebir un individuo bipolar, anclado, al mismo tiempo, en sí mismo y en la circunstancia. Esta se presenta como un factor dotado de una notable fuerza centrífuga y con una eficiente capacidad de alienación.

El hombre, para contrarrestar este efecto de la circunstancia, ha de contar con un yo suficientemente potenciado.

Vamos, pues, a examinar estos dos elementos que integran al hombre: el yo y la circunstancia.

En el primer caso vamos a fijarnos en el yo propiamente dicho y en la vida que él mismo vive.

Para el estudio de la circunstancia vamos a realizar también un intento de descomposición de la misma, para tratar de comprender mejor.

(*) Trabajo escrito para el curso sobre *Problemas jurídicos y sociales de la alienación*, dirigido por el profesor ALONSO OLEA en el Instituto de Estudios Políticos, año 1972-1973.

Nos hemos fijado en los siguientes aspectos del entorno del hombre :

- Los demás hombres, individualmente considerados. Ello significa moverse en el plano de las relaciones interindividuales.
- Los demás hombres, considerados como conjunto: Análisis de las relaciones sociales y políticas. El problema del Estado.
- El hombre frente a la naturaleza: Meditación de la técnica.

Trataremos de ir analizando, al hilo de los textos orteguianos, la tensión entre el yo y la circunstancia, denominando a la excesiva influencia de ésta sobre aquél con el nombre genérico de alienación, en tanto en cuanto que los valores y elementos auténticos del yo quedan sustituidos por los ajenos que la circunstancia aporta.

Una última advertencia previa: La necesidad de realizar este trabajo a fecha fija supone una ineludible limitación, tanto en cuanto a la bibliografía examinada como en cuanto a la profundidad en el análisis de la misma. Quiere ello decir que con lo que sigue a continuación el tema no queda agotado, ni muchísimo menos, sino simplemente esbozado, siendo susceptible de ulterior y más fecundo desarrollo.

* * *

Como primer paso en este itinerario vamos a tratar de determinar lo que es la vida, cuáles son aquellos fenómenos en los que el vivir consiste.

El análisis no puede por menos que estar influido, en mayor o menor medida, por el carácter particular de este estudio, por el enfoque del hombre saliendo de sí, de la alienación y dejación de sí mismo.

Vamos a plantear dos cuestiones diferentes:

- 1.^a ¿Qué es la vida?
- 2.^a ¿En qué consiste el vivir?, ¿qué es el vivir?

Como respuesta a la primera cuestión puede comenzarse diciendo que la vida es una situación del hombre :

«... la vida del hombre se compone de situaciones, como la materia se compone de átomos... Por tanto: la situación del hombre es la vida, es vivir» (1).

(1) *Unas lecciones de metafísica*, lección I.

Ahora bien, nuestra propia vida se nos presenta como algo diferente de nosotros mismos, ajeno, un problema que se nos plantea y que exige, vida: sucesión de situaciones, que le estemos dando solución continuamente:

«La vida nos es dada — mejor dicho, nos es arrojada o somos arrojados a ella—, pero eso que nos es dado, la vida, es un problema que necesitamos resolver nosotros. Y lo es no sólo en esos casos de especial dificultad que calificamos peculiarmente de conflictos y apuros, sino que lo es siempre... Dicho de otro modo: vivimos sosteniéndonos en vilo a nosotros mismos, llevando en peso nuestra vida por entre las esquinas del mundo.

Y con esto no prejuzgamos si es triste o jovial nuestra existencia: sea lo uno o lo otro está constituida por una incesante forzosidad de resolver el problema de sí misma» (2).

Este aspecto de problematismo sin solución de continuidad que la vida presenta obliga, ya lo hemos visto, a una búsqueda continua de soluciones vitales, lo cual implica una adopción continua de decisiones.

De esta forma nos quedan delimitados los caracteres de la vida:

«Tenemos, pues, estos tres caracteres: 1.º La vida se entera de sí misma. 2.º La vida se hace a sí misma. 3.º La vida se decide a sí misma» (3).

La respuesta a la primera de las cuestiones planteadas puede, pues, resumirse en los términos siguiente: Algo tan esencialmente ligado al individuo como es su propia vida, se le aparece como algo que le es ajeno, en cuanto que le es dado, que se le plantea como un problema a resolver, pero como tal problema, teniendo una existencia fuera del individuo mismo.

Abordemos ahora la segunda cuestión: ¿Qué es el vivir? ¿En qué consiste la solución a ese problema que la vida supone?

Siendo la vida problema, y el problema algo dado y distinto al individuo, éste, para resolverlo, para vivir, tiene que salir fuera de sí. Este es el punto fundamental.

«La vida es el hecho cósmico del altruismo, y existe sólo como perpetua emigración del yo vital hacia lo otro» (4).

«Vivir es existir fuera de sí, estar fuera, arrojado de sí, consignado a lo otro. El hombre es, por esencia, forastero, emigrado, desterrado» (5).

«... vivir es existir yo fuera de mí. En vez de existir pongamos: ejecutar mi esencia. Tendremos entonces: vivir es ejecutar mi esencia o lo que yo soy, fuera de mí; fuera de mí, se entiende, fuera de mi esencia, en lo que no es mi esencia, en un elemento extraño a mi ser» (6).

(2) *Unas lecciones de metafísica*, lección II.

(3) *Idem*, lección III.

(4) *El tema de nuestro tiempo*, tomo VIII. «Valores vitales».

(5) *Unas lecciones de metafísica*, lección IV.

(6) *Idem*, *ídem*.

Esta expresión, «estar fuera de sí», ha de ser matizada, entendiéndose en su justo sentido, que no es el literal referido a la localización espacial:

«Por tanto, la frase estar "fuera de sí", interpretada espacialmente, tiene un sentido absurdo y sólo puede aspirar a ser inteligible entendida como metáfora.

"Estar fuera" significa aquí, en efecto, no más que estar en lo otro» (7).

Hecha esta precisión, queda pues establecido de forma incluso machacona, en qué consiste el vivir.

«... vivir significa tener que ser fuera de mí, en el absoluto fuera que es la circunstancia o mundo» (8).

La vida, pues, se nos presenta como problema y la solución, el vivir, habrá de consistir en un vivir lo más acorde posible con el yo esencial y auténtico:

«No nos hemos dado la vida, sino que ésta nos es dada; nos encontramos en ella sin saber cómo ni por qué; pero eso que nos es dado —la vida— resulta que tenemos que hacérselo nosotros mismos, cada cual la suya» (9).

«... en cada instante de su vida el hombre se encuentra ante diversas posibilidades de hacer, de ser, y que es él mismo quien bajo su exclusiva responsabilidad tiene que resolverse por una de ellas... tiene que descubrir cuál de sus acciones posibles en aquel instante es la que da más realidad a su vida, la que posee más sentido, la más suya» (10).

«... Existir significa *sensu stricto*: ejecutar la esencia, ser efectivamente lo que se es, serse» (11).

Una vez llegados a este punto es preciso dar un nuevo paso adelante. La esencia del vivir queda incompleta si se concibe solamente como un salir fuera de sí. Este aspecto ha de quedar completado con otro de sentido contrario, de replegarse sobre sí mismo, de ensimismamiento:

«... vivir es, a la vez, estar dentro de sí y salir fuera de sí; es precisamente un movimiento constante desde un dentro —la intimidad reclusa del organismo— hacia un fuera, el mundo. Pero al llegar a ese "fuera", por ejemplo, a un paisaje cuando lo vemos, lo que hemos hecho es meterlo dentro de nosotros, nos lo hemos tragado. Por tanto, desde fuera hemos vuelto a dentro, trayéndonos en las garras botín cósmico.

En consecuencia, vivir es un movimiento circular que va de dentro a fuera y desde fuera otra vez a dentro. Vivir es un verbo, a la par, transitivo

(7) *Unas lecciones de metafísica*, lección IV.

(8) *El hombre y la gente*, II, «La vida personal».

(9) *Misión del bibliotecario*, «Misión del bibliotecario. Misión personal».

(10) *Idem. Idem.*

(11) *Unas lecciones de metafísica*, lección V.

y reflexivo: vivirse a sí mismo en tanto en cuanto vivimos las cosas. Para que la vitalidad sea completa y sana es menester que ese movimiento se cumpla enérgicamente en su doble dirección» (12).

«Sin retirada estratégica a sí mismo, sin pensamiento alerta, la vida humana es imposible» (13).

De manera que para el hombre, el hecho de tener que vivir significa la necesidad de tener que hacer dejación de sí, de salir fuera de sí.

* * *

Una vez establecido que la solución del problema que la vida es supone la necesidad de salir de sí mismo, vamos a fijar nuestra atención en ese «sí mismo». Y en una primera aproximación nos encontramos con la siguiente afirmación: El hombre es un programa:

«El hombre es, pues, ante todo, algo que no tiene realidad ni corporal ni espiritual; es un programa como tal; por lo tanto, lo que aún no es, sino que aspira ser» (14).

Estas últimas palabras tienen un algo de estremecedor: lo que aún no es, sino que aspira a ser. La esencia del hombre resulta ser una aspiración: El hombre es un programa, y su ser consiste precisamente en no ser su ser, en aspiración a ser su ser.

El ser del hombre es alienación de sí mismo: Su ser es «no ser» su ser, en cuanto que es aspiración a su ser, pero la aspiración no es todavía su ser.

«Yo no soy mi cuerpo, me encuentro con él y con él tengo que vivir, sea sano, sea enfermo; pero tampoco soy mi alma, también me encuentro con ella y tengo que usar de ella para vivir, aunque a veces me sirva mal porque tiene poca voluntad o ninguna memoria.

Cuerpo y alma son cosas, y yo no soy una cosa, sino un drama, una lucha por llegar a ser lo que tengo que ser» (15).

Así pues, el hombre tiene que realizar su esencia fuera de sí. Y este «fuera de sí» tiene tanta importancia, en la configuración de la vida, como el individuo mismo. Es en este punto donde nos encontramos con la celeberrima expresión: «Yo soy yo y mi circunstancia». Y la circunstancia es el «fuera de sí», lo radicalmente ajeno al individuo, de manera que la vida humana

(12) *El espectador*, VII y VIII. «Abenjaldún nos revela el secreto» (Pensamiento sobre Africa menor).

(13) *El hombre y la gente*, I. «Ensimismamiento y alteración».

(14) *Meditación de la técnica*, IV. «Excursiones al subsuelo de la técnica».

(15) *Idem*, ídem.

presenta, en su configuración esencial, un factor de alienación respecto del individuo que vive dicha vida.

«Yo no soy más que un ingrediente de mi vida, el otro es la circunstancia o mundo. Mi vida, pues, contiene ambos dentro de sí, pero ella es una realidad distinta de mí. Yo vivo, y al vivir estoy en la circunstancia, la cual no soy yo. La realidad de mi yo es, pues, secundaria a la realidad integral que es mi vida; encuentro aquélla —la de mi yo— en ésta, en la realidad vital. Yo y la circunstancia formamos parte de mi vida» (16).

«... la vida es circunstancial, vivir es hallarme yo —quiera o no— entregado a una circunstancia» (17).

«La circunstancia es lo otro que yo, y estar yo en ella equivale a estar fuera de mí, en elemento extraño» (18).

«Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo» (19).

En su relación con la circunstancia el hombre tiene que hacer triunfar su yo, imponer su personalidad. Si, en la dualidad que la vida humana supone, el elemento circunstancial prevalece sobre el personal, el hombre resulta dominado por la circunstancia, alienado por ella. Una personalidad fuerte prevalece sobre la circunstancia, no se deja alienar por ella, no permite, en suma, que el factor de ajenidad que forma parte de su vida se imponga sobre su yo personal, auténtico e inalienable.

«Esta actitud transmigratoria de la personalidad, que va recorriendo las cosas y siendo cada una de ellas durante un rato, es el don más delicado del hombre. Cuando éste es fuerte, no teme que le suceda eso que llaman perder la personalidad. Seguro de no disolverse en lo ajeno, se lanza a la aventura de transhumar por todos los corazones, y hecha la presa vuelve a sí mismo, como el halcón al puño» (20).

«Un yo poderoso no pierde tiempo en temores de ser absorbido por otro; antes al contrario, está seguro de ser él el absorbente. Dotado de fuerte apetito, acude donde quiera se halla alguna materia asimilable. De este modo aumenta sin cesar, se transforma y enriquece» (21).

Esta exuberancia vital del propio yo puede llegar, incluso, a resultar alienante para la vida de los demás: El yo se impone, avasalla, a la circunstancia.

«Es expansión la vida, pero la fórmula natural y espontánea de esa ex-

(16) *Unas lecciones de metafísica*, lección V.

(17) *Idem*, lección III.

(18) *Idem*, lección IV.

(19) *Meditaciones del Quijote*, «Lector...».

(20) *Notas*, «De Madrid a Asturias o los dos paisajes» (8. La mirada castellana procede con tacto).

(21) *El espectador*, II. «El casticismo y lo castizo».

pansión es la agresividad. La naturaleza nos incita a la vida agresiva; aspiramos a universalizar nuestros gestos y nuestras fórmulas, obligando brutalmente a que los demás nos imiten; nos sentimos espontáneamente llevados a imponer nuestra peculiaridad, lo que hay en nosotros de diferente, de único, y el medio que más a mano está para ensancharnos consiste en negar o destruir las vidas colindantes. La esfera de acción de cada organismo suele ser la medida de su capacidad destructora» (22).

«La individualidad poderosa, adueñándose de un pueblo o de una época, tiende a que se repita su propio gesto indefinidamente en cuanto le rodea» (23).

«Cierto; los espíritus son impenetrables, no puede entrar el uno en el otro, pero pueden reconocer entre sí una identidad. Y si consiguiéramos sentirnos idénticos a los demás, ¿no habríamos hallado el camino de la suprema expansión?» (24).

«Hay, pues, una manera pacífica de ampliar nuestra morada interior y de enriquecerla realmente. Consiste en invadir la inagotable diversidad de los seres, haciéndonos iguales a cada uno de ellos, multiplicando nuestras facetas de sensibilidad para que el secreto de cada existencia halle siempre en nosotros un plano favorable donde dar su reflexión» (25).

De todas formas es esta una manera de actuar que no se puede llevar impunemente hasta límites extremos, pues puede provocar, por exceso, un efecto alienador sobre la personalidad desmedidamente avasalladora:

«Claro está que no podemos ser otro sin dejar momentáneamente de afirmar nuestros rasgos distintivos; sólo negándonos parcialmente llegamos a confundirnos con el prójimo y a comprenderle; sólo una disimulación de lo que espontáneamente somos y una simulación de lo que es nuestro hermano nos reunirá y nos hará confluír como las aguas de dos manantiales» (26).

«La tolerancia activa, la que nos hace pasar milagrosamente al través de la intimidación de otros seres, es imposible sin la ironía, sin la pasajera negación de nuestro carácter espontáneo» (27).

Así pues, el yo fuerte vive su vida, manteniendo la esencia de su personalidad frente a los avatares de la circunstancia. La presión de ésta, su matiz alienante, puede llegar a ser muy fuerte, entre otras cosas, debido a la

(22) *Mocedades*, «Teoría de lo verosímil», IV.

(23) *Idem*, *ídem*, *ídem*.

(24) *Idem*, *ídem*, *ídem*.

(25) *Idem*, *ídem*, *ídem*.

(26) *Idem*, *ídem*, *ídem*.

(27) *Idem*, *ídem*, *ídem*.

acción de otras personalidades fuertes, por lo que, en ocasiones, la defensa de la propia personalidad puede llegar a revestir caracteres heroicos.

«Solemos ser increíblemente impermeables a lo que cae sobre nosotros cuando no es afín con ese "personaje" nato que en última instancia somos. Entonces —se dirá—, no cabe hablar tampoco de cambios radicales. El que éramos al nacer seremos a la hora de morir. No, no... La personalidad experimenta en el transcurso de su vida dos o tres grandes transformaciones, que son como estadios diferentes de una misma trayectoria moral. Sin perder la solidaridad, más aún, la homogeneidad radical con nuestro sentir de ayer, cierto día advertimos que hemos ingresado en una nueva etapa o modulación de nuestro carácter.

A esto llamo cambio radical. No es más, pero tampoco es menos.

Nuestro ser profundo parece en cada una de esas dos o tres etapas girar sobre sí mismo unos grados, desplazarse hacia otro cuadrante del universo y orientarse hacia nuevas constelaciones» (28).

Evolución, sí, pero dentro de una fidelidad a la esencia del propio ser. Fidelidad que, para mantenerse, para evitar la alienación, puede llegar a requerir heroísmo, como ya se dijo anteriormente.

«Porque ser héroe consiste en ser uno, uno mismo. Si nos resistimos a que la herencia, a que lo circunstante nos impongan unas acciones determinadas, es que buscamos asentar en nosotros, y sólo en nosotros, el origen de nuestros actos. Cuando el héroe quiere, no son los antepasados en él o los usos del presente quienes quieren, sino él mismo. Y este querer él ser él mismo es la heroicidad. No creo que exista especie de originalidad más profunda que esta originalidad "práctica", activa del héroe. Su vida es una perpetua resistencia a lo habitual y consueto. Cada movimiento que hace ha necesitado primero vencer a la costumbre e inventar una nueva manera de gesto. Una vida así es un perenne dolor, un constante desgarrarse de aquella parte de sí mismo rendida al hábito, prisionera de la materia» (29).

Llega un momento, que Ortega sitúa hacia los treinta años, cuando «aparece la primera línea de nieve y congelación sobre las cimas de nuestra alma», en que el hombre se repliega sobre sí mismo, se enfrenta con lo que constituye su esencia inalienable.

«Ahora, de pronto, sin dejar de creer que todas esas cosas son tal vez las mejores, empezamos a querer ser nosotros mismos, a veces con plena conciencia de nuestros radicales defectos. Queremos ser, ante todo, la verdad de lo que somos y muy especialmente nos resolvemos a poner bien en claro qué

(28) *Estudio sobre el amor*, «La elección en amor», III.

(29) *Meditaciones del Quijote*, «Meditación primera (Breve tratado de la novela)», 15. El héroe.

es lo que sentimos del mundo. Rompiendo entonces sin conmiseración la costra de opiniones y pensamientos recibidos, interpelamos a cierto fondo insobornable que hay en nosotros.

Insobornable no sólo para el dinero o el halago, sino hasta para la ética, la ciencia y la razón» (30).

Aun a riesgo de incurrir en machaconería, volvemos a repetir lo mismo: esta capacidad de ensimismamiento condiciona radicalmente la posibilidad de plena realización de la personalidad. Cuando esto no sucede así, la personalidad queda coja, claudicante, pudiendo incluso llegar a anularse. Tal sucede con los locos. Y el animal es irracional, vive continuamente excitado por el entorno.

«Este verse o sentirse, esta presencia de mí vida ante mí que me da posesión de ella, que la hace mía es la que falta al demente. La vida del loco no es suya, en rigor no es ya vida... El loco al no saberse a sí mismo no se pertenece, se ha expropiado; y expropiación, pasar a posesión ajena es lo que significan los viejos nombres de la locura: enajenación, alienado, decimos; "está fuera de sí", está "ido", se entiende, de sí mismo; es un poseído, se entiende, poseído por otro. (La vida es saberse, es evidencial)» (31).

«... "estar fuera de sí", esclavo de la inquietud de su contorno, en perpetuo azoramiento y nerviosismo, es la característica del animal.

Conseguir liberarse de ese servilismo, dejar de ser un autómatas que el contorno moviliza mecánicamente, desprenderse del alrededor y meterse en sí mismo, ensimismarse, es el privilegio y el honor de nuestra especie» (32).

* * *

Esta relación del individuo con el medio es susceptible de diferenciación en su modo de llevarse a cabo en el hombre y en la mujer, pues, en el primer caso, adquiere un carácter más directo e intenso mientras que, en el caso de la mujer, ésta nos aparece, en su relación con el medio, más centrada en sí misma. ¿Podría afirmarse, con base a esto, que el hombre resulta más alienado por la circunstancia que la mujer?

En cualquier caso el fenómeno actúa en las dos direcciones, de manera que resulta asimismo mayor la proyección activa que la personalidad del varón tiene sobre la circunstancia.

«En las ideas usuales sobre psicología de ambos sexos no hallo debida-

(30) *El espectador*, RTV. «Ideas sobre Pío Baroja», V. Balance vital.

(31) *Unas lecciones de metafísica*, lección II.

(32) *Meditación de la técnica*, «Bronca en la física». I. Una polémica en la región más pacífica.

mente acentuada esta discrepancia radical. Se trata de dos instintos contrarios: en el hombre hay un instinto de expansión, de manifestación. Siente que si lo que él es no lo es a la vista de los demás valdría tanto como si no lo fuera... Hay, por el contrario, en la mujer un instinto de ocultación, de encubrimiento: su alma vive como de espaldas a lo exterior, ocultando la íntima fermentación pasional... Esta posesión de una vida propia, aparte y secreta, este señorío de una morada interior donde no se deja circular al prójimo es una de las superioridades de la mujer sobre el hombre... A esto obedece que la amistad entre las mujeres sea menos íntima que entre los hombres. Diríase que poseen una conciencia más clara de donde empieza su vida propia e incomunicable y donde acaba la del prójimo... Yo creo que toda vida intensamente personal ha necesitado siempre segregar una personalidad ficticia, una especie de dermatoposique que detenga y distraiga la hostil curiosidad de las gentes inferiores, a fin de poder, tras ese baluarte, vacar libremente a ser lo que se es. Pero esto, que en el hombre acontece por excepción, llega a ser constitutivo en la mujer» (33).

«Y es que las excelencias varoniles —el talento científico o artístico, la destreza política y financiera, la heroicidad moral— son, en cierta manera, extrínsecas a la persona y, por decirlo así, instrumentales... Este carácter extrínseco de los talentos se hace patente por darse a menudo en el hombre al lado de los más graves defectos personales. La excelencia varonil radica, pues, en un hacer; la de la mujer, en un ser y en un estar; o con otras palabras: el hombre vale por lo que hace; la mujer, por lo que es... Así se explica que la cultura y perfeccionamiento de la hembra humana lleve siempre trayectoria distinta de la del hombre: mientras el progreso del varón consiste principalmente en fabricar cosas cada vez mejores —ciencias, artes, leyes, técnicas—, el progreso de la mujer consiste en hacerse a sí misma más perfecta, creando en sí un nuevo tipo de feminidad más delicado y más exigente» (34).

En lógica relación con todo esto se presenta un fenómeno que tiene características distintas en el hombre y en la mujer: La relación con el propio cuerpo. El hombre, cuya individualidad se presenta como más interrelacionada con el medio, tiene menos conciencia de su propio cuerpo que la mujer, más centrada en sí misma, del suyo.

«La relativa hiperestesia de las sensaciones orgánicas de la mujer trae consigo que su cuerpo exista para ella más que para el hombre el suyo. Los va-

(33) *El espectador*, RTV, «Divagación ante el retrato de la marquesa de Santillana».

(34) *Estudios sobre el amor*. «Epílogo al libro *De Francesca a Beatrice*».

rones, normalmente, olvidamos nuestro hermano cuerpo; no sentimos que lo tenemos si no es a la hora frígida o tórrida del extremo dolor o el extremo placer. Entre nuestro yo, puramente psíquico, y el mundo exterior no parece interponerse nada. En la mujer, por el contrario, es solicitada constantemente la atención por la veracidad de sus sensaciones intracorporales: siente a todas horas su cuerpo como interpuesto entre el mundo y su yo, lo lleva siempre delante de sí, a la vez como escudo que defiende y rehén vulnerable.

Las consecuencias de esto son claras: toda la vida psíquica de la mujer está más fundida con su cuerpo que en el hombre; es decir, su alma es más corporal —pero, viceversa, su cuerpo convive más constante y estrechamente con su espíritu; es decir, su cuerpo está más transido de alma—. Ofrece, en efecto, la persona femenina un grado de penetración entre el cuerpo y el espíritu mucho más elevado que la varonil.

En el hombre, comparativamente, suelen ir cada uno por su lado; cuerpo y alma saben poco uno de otro y no son solidarios, más bien actúan como irreconciliables enemigos» (35).

Tan es así que una excesiva atención por parte del hombre a los fenómenos de su intracuerpo puede ser síntoma de enfermedad.

Pero también hemos dicho anteriormente que la capacidad de ensimismarse es una condición para el desarrollo equilibrado de la personalidad.

«Esta inversión hacia dentro de la atención es característica de todo neurasténico. Empieza a ser problema para él lo que en el hombre saludable no lo es nunca: su cuerpo interior... Que el hombre desatienda el medio, en diálogo con el cual vive, y, haciendo virar la atención, se vuelva de espaldas a aquél y se ponga a mirar su interior, es relativamente anómalo. Y, sin embargo, gracias a esta anomalía se ha descubierto el hombre íntimo y todos los valores anejos a él que son considerados como los superiores... La percepción del intracuerpo motivada por anomalías fisiológicas, ha sido probablemente el pedagogo que ha enseñado al hombre a revertir la dirección espontánea de su fuerza atencional. Iniciada así la conversión, educada y afinada, pudo luego penetrar hasta lo psíquico y lo espiritual» (36).

* * *

Ya es tiempo de ir poniendo fin a esta cuestión, con una síntesis a modo de resumen.

(35) *Ideas y creencias*, «La percepción del prójimo», II. Cómo nos vemos a nosotros. La mujer y su cuerpo.

(36) *El espectador*, V y VI. «Vitalidad, alma, espíritu». II. Del intracuerpo.

La vida se presenta al hombre como un problema. Vivir es, para cada individuo, resolver el problema que su vida le es. Pero la vida está integrada por dos elementos: el personal y el delimitado por todo lo que rodea al individuo: la circunstancia. La vida supone una continua tensión entre ambos elementos, referida a cuál habrá de predominar en la configuración de dicha vida. Si se impone la circunstancia, el hombre resulta vaciado de su contenido más personal y auténtico, resulta alienado. Por el contrario, un vivir excesivamente replegado sobre sí mismo, vuelto totalmente de espaldas a la circunstancia, puede ser igualmente nocivo, pues la vitalidad resulta mutilada de uno de sus elementos integrantes. La vida del hombre es un programa, cuya realización se puede considerar que es el desarrollo y perfeccionamiento de la personalidad. Esto se ha de llevar a cabo en la circunstancia, la cual le es dada al hombre. Lógicamente, la mejor o peor realización de este programa vital supone, en proporción inversa, una mayor o menor frustración de la personalidad.

«Su cuerpo, su alma, su fortuna, su tierra, su nación, son todas cosas, en algún sentido, tuyas, y, por lo mismo, no son él. ¿Quién es, pues, él? El es él que tiene que vivir con todo eso... El yo... es algo previo a todas esas respuestas "teóricas", es sencillamente el que tiene que vivir una cierta vida. Nótese, una cierta vida. No una vida cualquiera, sino, por el contrario, una vida estrictamente determinada... Somos el que somos indeleblemente y sólo podemos ser ese único personaje que somos. Si el mundo en torno —incluyendo nuestro cuerpo y nuestra alma— no nos permite realizarlo en la existencia, tanto peor para nosotros. Pero es vano pretender modificar ese que somos... Pero ahí está, en nuestro ser mismo, es el que, queramos o no, tenemos que ser. Se dirá que entonces nuestra vida tiene una condición trágica, puesto que, a lo mejor, no podemos en ella ser el que inexorablemente somos. En efecto, así acontece. La vida es constitutivamente un drama, porque es siempre la lucha frenética por conseguir ser de hecho el que somos en proyecto.

... Pero no se trata de un proyecto... preferido libremente... la vida no es sólo nuestro yo, sino que es también el mundo en que ese yo tiene que realizarse. El proyecto es un programa de actuación en el mundo y tropieza, por lo tanto, con lo que éste sea. Más o menos, siempre hallará dificultades. Y aquí aparece la otra dimensión de nuestro yo. ¿Aceptamos ese proyecto que somos, no obstante las dificultades que se oponen a su ejecución? O, por el contrario, ¿decidimos en éste, en el otro caso, traicionar al que tenemos que ser, renunciando a soportar los enojos que nos traiga?

Es decir, que si somos un proyecto vital, somos también, inseparablemente, el que decide o no su aceptación. Esta decisión es previa a todo acto de

voluntad... quien renuncia a ser el que tiene que ser, ya se ha matado en vida, es el suicida en pie. Su existencia consistirá en una perpetua fuga de la única realidad auténtica que podía ser. Nada de lo que hace lo hace directamente por sincera inspiración de su programa vital, sino, al revés, cuanto haga lo hará para compensar con actos adjetivos, puramente tácticos, mecánicos y vacíos, la falta de un destino auténtico. Toda maldad viene de una radical: no encajarse en el propio sino» (37).

* * *

En este intento de aproximación al conocimiento del hombre, ya hemos realizado algunos logros. Sintéticamente son éstos los siguientes:

- 1.º Yo soy yo y mi circunstancia.
- 2.º El «yo» y la «circunstancia» son los elementos integrantes de toda vida personal.
- 3.º El «yo» es un programa vital a desarrollar a todo lo largo de la existencia.
- 4.º El desarrollo de este programa ha de constituir la esencia de cada vivir. Como esto no es fácil, la vida se configura como un problema.

A continuación vamos a tratar de delimitar lo que es la circunstancia. Vamos a fijarnos para ello en tres elementos diferentes:

- 1.º El «tú». Las relaciones interindividuales. Un caso particular de estas relaciones interindividuales lo constituyen las relaciones amorosas.
- 2.º Los «otros». La sociedad. El Estado.
- 3.º El mundo. La naturaleza. La relación con la naturaleza: la técnica.

Para tratar de todas estas cuestiones hay que tener en cuenta que al individuo le es imposible salir de su propia vida, por lo que, todo lo que le es externo ha de estar referido, en una u otra manera a su propio yo.

«En su verdad, en su autenticidad los hombres son comunicantes» (38).

(37) *Ideas y creencias*, «No ser hombre de partido». I. ¿Quién es usted?

(38) *Estudios sobre el amor*, «Prólogo a *El collar de la paloma*, de Ibn Hazmi de Córdoba».

«... nadie puede saltar fuera de su vida y, por tanto, todo aquello con que tengamos contacto, todo lo que para nosotros pretenda existir, tendrá en algún modo que presentarse dentro de nuestra vida» (39).

Y si no podemos salir de nosotros mismos, ello quiere decir que no podemos vernos desde fuera, ante la imposibilidad de emigrar al «tú», observatorio del «yo».

«Esto quiere decir que, encerrados en nosotros mismos, no podemos transmigrar de nuestra persona a la del prójimo y, consecuentemente, que no podemos vernos a nosotros mismos desde fuera. Porque el perfil del yo sólo sería visible desde un tú. Pero si el tránsito al tú es imposible, como esta idea supone, si el tú es impenetrable, ni le vemos a él desde nosotros ni a nosotros desde él» (40).

Aislados en nuestra propia vida, percibimos la existencia de los otros, de otras vidas semejantes a la nuestra. Pero como no podemos salir de ella e introducirlas en las ajenas, puesto que las vidas son radical y esencialmente impenetrables las unas en las otras, no podemos constatar si las otras vidas existen realmente, por lo cual solamente tenemos de ellas una presunción de existencia.

«Ese X que la vive (mi vida) y a quien suelo llamar yo, y el mundo ese que ese "yo" vive, me son patentes, presentes o compresentes, y todo esto, ser yo el que soy y ser ese mi mundo y mi vivir en él, son cosas que me acontecen a mí y sólo a mí, o a mí en mi radical soledad.

Si, por ventura, apareciese en ese mi mundo algo que conviniera llamar también "vida humana" aparte de la mía, conste de la manera más expresa que lo será en otro sentido, ya no radical ni primario ni patente, sino secundario, derivado y más o menos latente y supuesto» (41).

«Lo que sí está patente en mi vida es la noticia, la señal de que hay otras vidas humanas, pero como vida humana es en su radicalidad sólo la mía, y esas vidas serán las de otros como yo, cada una de cada uno, por tanto, a fuer de ser otros, sus vidas todas se hallan fuera o más allá o trans-la-mía. Por eso son transcendentales... La vida del otro no me es realidad patente como lo es la mía: la vida del otro, digámoslo deliberadamente en forma gruesa, es sólo una presunción o una realidad presunta o presumida —todo lo infinitamente verosímil, probable, plausible, que se quiera—, pero no radicalmente, incuestionable, primordialmente realidad» (42).

(39) *Unas lecciones de metafísica*, lección III.

(40) *Ideas y creencias*, «La percepción del prójimo». I. La cuestión. Antiguas teorías.

(41) *El hombre y la gente*, V. «La vida inter-individual».

(42) *Idem*, *idem*.

«El cuerpo del otro me es radical e incuestionable realidad: que en ese cuerpo habita un cuasi-yo, una cuasi-vida humana, es ya interpretación mía. La realidad del otro hombre, de esa otra vida humana es, pues, de segundo grado en comparación con la realidad primaria que es mi vida, que es mi yo, que es mi mundo» (43).

Aunque no resulta posible realizar de una manera directa la constatación de la realidad de las vidas ajenas, sin embargo, la intimidad del prójimo, nos es compresente, por la expresividad de las personas de los otros.

«Pero lo sorprendente, lo extraño y lo últimamente misterioso es que siéndonos presentes sólo una figura y unos movimientos corporales, vemos en ello o a través de ello algo por esencia invisible, algo que es pura intimidad, algo que cada cual sólo de sí mismo conoce directamente: su pensar, sentir, querer, operaciones que, por sí mismas, no pueden ser presentes a otros; que son no-externas ni directamente se pueden exteriorizar, porque no ocupan espacio ni tienen cualidades sensibles; por eso son, frente a toda la externidad del mundo, pura intimidad» (44).

«Baste ahora decir que el cuerpo del otro, quieto o en movimiento, es un abundantísimo semáforo que nos envía constantemente las más variadas señales o indicios o barruntos de lo que pasa en el dentro que es el otro hombre.

Ese dentro, esa intimidad no es nunca presente, pero es compresente, como lo es el lado de la manzana que no vemos. Y aquí tenemos una aplicación del concepto de la com-presencia, sin el cual, como dije, no podríamos esclarecer cómo el mundo y todo en él existe para nosotros.

Ciertamente que en este caso la función de la compresencia es más sorprendente. Porque allí la parte de la manzana en cada instante oculta me ha sido otras veces presente; pero la intimidad que el otro hombre es no se me ha hecho ni puede hacerme nunca presente. Y, sin embargo, la encuentro ahí, cuando encuentro un cuerpo humano» (45).

Cuando la realidad de alguno de los otros se nos hace más patente, nos encontramos con el «tú». Y como esto es algo que puede suceder respecto a una pluralidad de individuos, quiere decir que hay varios «tús» con los que nos encontramos en un grado mayor o menor de proximidad.

«En el trato que es el nosotros, si se hace frecuente, continuado, el otro se me va perfilando. De ser el hombre cualquiera, el abstracto semejante, el individuo humano indeterminado va pasando por grados de progresiva determinación, haciéndoseme más conocido, humanamente más próximo. El grado extremo de proximidad es lo que llamo intimidad. Cuando tengo con

(43) *El hombre y la gente*, V. «La vida inter-individual».

(44) *Idem*, IV. «La aparición del "otro"».

(45) *Idem*, *ídem*.

el otro trato íntimo me es un individuo inconfundible con todos los demás, incanjeable. Es un individuo único. Dentro, pues, del ámbito de realidad vital o de convivencia que es el nosotros, el otro se ha convertido en tú. Y como esto me pasa no sólo con uno, sino con bastantes otros hombres, me encuentro con que el mundo humano me aparece como un horizonte de hombres, cuyo círculo más inmediato a mí está lleno de tú, es decir, de los individuos para mí únicos. Más allá de ellos se hallan zonas circulares ocupadas por hombres de quienes sé menos, hasta la línea del horizonte en mi contorno humano en que se hallan los individuos para mí cualesquiera, intercambiables. Se abre, pues, ante mí el mundo humano como una perspectiva de mayor o menor intimidad, de mayor o menor individualidad o unidad, en suma, una perspectiva de próxima y lejana humanidad» (46).

Hemos dicho con anterioridad que vamos a considerar las relaciones interindividuales como una parte de la relación del yo con la circunstancia. Y hemos visto asimismo como existía la posibilidad de una recíproca influencia. En este contexto conviene situar la consideración del «tú» como recíprocante.

«*Unus et alter* —el *alter* es el contrapuesto, el parangón, el correspondiente al *unus*—. Por eso la relación del *unus* —yo— con el *alter* —otro— se llama estupendamente en nuestra lengua alternar... Tenemos, pues, que el hombre, aparte del que yo soy, nos aparece como el otro, y esto quiere decir —me interesa que se tome en todo su rigor—, el otro, quiere decir aquél con quien puedo y tengo —aunque no quiera— que alternar... El mutuo "contar con", la reciprocidad, es el primer hecho que nos permite calificarlo de social... Pero bien entendido, todo eso lo descubro porque en sus gestos y movimientos noto que me responde, que me reciproca. Tendremos, pues, que el otro, el hombre, me aparece originariamente como el recíprocante y nada más. Todo lo demás que resulte de ser el hombre es secundario a ese atributo y viene después. Conste, pues: ser el otro no representa un accidente o aventura que pueda o no acontecer al hombre, sino que es un atributo originario... El hombre no aparece en la soledad —aunque su verdad última es su soledad—: el hombre aparece en la socialidad como el otro, alternando con el uno, como el recíprocante» (47).

«... el hombre está a *nativitate* abierto al otro que él, al ser extraño; o con otras palabras: antes de que cada uno de nosotros cayese en la cuenta de sí mismo, había tenido ya la experiencia básica de que hay los que no son "yo", los otros; es decir, que el hombre al estar a *nativitate* abierto al otro, al *alter* que no es él, es, a *nativitate*, quiera o no, gústele o no, altruista...»

(46) *El hombre y la gente*, VII. «El peligro que es el "otro" y la sorpresa que es el "yo"».

(47) *Idem*, V. «La vida inter-individual».

Mas para que haya convivencia es menester salir de aquel simple estar abierto al otro, al *alter*, y que llamábamos altruismo básico del hombre. Estar abierto al otro es algo pasivo: es menester que a base de una abertura yo actúe sobre él y él me responda o recíproque» (48).

«Conforme convivimos y somos la realidad "nosotros" —yo y él, esto es, el otro— nos vamos conociendo. Esto significa que el otro —hasta ahora un hombre indeterminado, del que sólo sé que es, por su cuerpo, lo que llamo un semejante, por tanto, alguien capaz de reciprocarme y con cuya consciente respuesta tengo que contar— conforme le voy tratando, de buenas o de malas, se me va precisando y lo voy distinguiendo de los otros *otros* que conozco menos. Esta mayor intensidad de trato implica proximidad. Cuando esta proximidad de mutuo trato y conocimiento llega a una fuerte dosis, la llamamos intimidad. El otro se me hace próximo e inconfundible. No es otro cualquiera, indiscernible de los demás, es el otro en cuanto único.

Entonces el otro me es *tú*. Conste, pues, *tú* no es, sin más ni más, un hombre, es un hombre único, inconfundible» (49).

Hemos visto como se ha ido desarrollando el proceso de delimitación de la personalidad de los otros: del contorno humano que nos rodea se van destacando algunos individuos, que de ser los «otros» pasan a ser «tús». Una mayor aproximación nos conduce a la intimidad. Y cabe aún un mayor grado de proximidad: entonces se da una fusión de las personalidades, en la que cada una abandona su propio centro para ir a confundirse con el ser del otro. Tal ocurre con la amistad y, sobre todo, con el amor.

«Desde ese fondo de soledad radical que es, sin remedio, nuestra vida, emergemos constantemente en un ansia, no menos radical, de compañía. Quisiéramos hallar aquél cuya vida se fundiese íntegramente, se interpenetrase con la nuestra. Para ello hacemos los más varios intentos. Uno es la amistad. Pero el supremo entre ellos es lo que llamamos amor. El auténtico amor no es sino el intento de canjear dos soledades» (50).

«Hay momentos en que vivir es hallarse fuera de sí mismo, perdido deliciosamente en el interior de los prójimos. Cuando alguien llega cerca en esa "primera impresión", aún no deformada por reflexiones posteriores menos perspicaces, nos parece que vemos hasta el fondo su persona. De aquí las súbitas simpatías o antipatías que sentimos. De aquí el flechazo, el *coup de foudre* en que suele nacer el amor» (51).

(48) *El hombre y la gente*, V. «La vida inter-individual».

(49) *Idem*, *idem*.

(50) *Idem*, II. «La vida personal».

(51) *Ideas y creencias*, «La percepción del prójimo». I. La cuestión. Antiguas teorías.

Este supone el desensimismamiento radical, transplante del propio centro vital a la persona amada. Y si esto sucede al margen de la voluntad del ser enamorado, ¿habrá que concluir que la esencia del amor es la alienación?, ¿será el amor un sentimiento esencialmente alienante?

«El amor de enamoramiento —que es, a mi juicio, el prototipo y cima de todos los erotismos— se caracteriza por contener, a la vez, estos dos ingredientes: el sentirse encantado por otro ser que nos produce "ilusión" íntegra y el sentirse absorbido por él hasta la raíz de nuestra persona, como si nos hubiera arrancado de nuestro propio fondo vital y viviésemos transplantados a él, con nuestras raíces vitales en él. No es sino decir de otra manera esto último, agregar que el enamorado se siente entregado totalmente al que ama; donde no importa que la entrega corporal o espiritual se haya cumplido o no. Es más, cabe que la voluntad del enamorado logre impedir su propia entrega a quien ama en virtud de consideraciones reflexivas —decoro social, moral, dificultades de cualquier orden—. Lo esencial es que se sienta entregado al otro, cualquiera que sea la decisión de su voluntad.

Y no hay en esto contradicción: porque la entrega radical no la hace él, sino que se efectúa en profundidades de la persona mucho más radicales que el plano de su voluntad. No es un querer entregarse: es un entregarse sin querer. Y dondequiera que la voluntad nos lleva, vamos irremediabilmente entregados al ser amado, inclusive cuando nos lleva al otro extremo del mundo para apartarnos de él» (52).

El arrobamiento erótico se asemeja al arrobamiento místico, al éxtasis, en ese «estar fuera de sí» que caracteriza al enamorado y al místico. En cualquier caso la personalidad queda vacía de su propia esencia y, en su lugar, llena de otras presencias.

«Dios se filtra dentro del alma, se confunde con ella, o, dicho inversamente, el alma se diluye en Dios, deja de sentirlo como ser diferente de ella. Esta es la unión a que el místico aspira... Pero no se crea que esta unión es sentida como algo momentáneo, ahora lograda, luego perdida. El estático la percibe con el carácter de unión definitiva y perenne, como el enamorado jura sinceramente amor eterno..., el grado supremo de la mística carrera será aquel en que el hombre se halle saturado de Dios, hecho esponja de la divinidad.

Entonces puede volverse de nuevo al mundo y ocuparse en afanes terrenos, porque ya obrará en rigor como un autómatas de Dios.

Sus deseos, pasos y acciones en el mundo no serán cosa suya. Ya no le importa nada a él de cuanto haga y le acontezca, porque "él" está ausente de la Tierra, ausente de su propio deseo o acción, inmunizado o impermeabi-

(52) *Estudios sobre el amor*, «Para una psicología del hombre interesante», II.

lizado para todo lo sensible. Su verdadera persona ha emigrado a Dios, se ha transvasado a Dios, y queda sólo un muñeco mecánico, una criatura, que Dios hace funcionar... Esta situación superlativa encuentra su pareja en la evolución del "enamoramiento". Cuando el otro corresponde, sobreviene un período de "unión" transfusiva, en que cada cual traslada al otro las raíces de su ser y vive —piensa, desea, actúa—, no desde sí mismo, sino desde el otro. También aquí se deja de pensar en el amado, de puro tenerlo dentro... Es el estado de gracia común al enamorado y al místico. Esta vida y este mundo, ni en bien ni en mal les afectan; han dejado de ser cuestión para ellos... En el "estado de gracia" —sea místico o sea erótico—, la vida pierde peso y acritud... El deleite del "estado de gracia", dondequiera que se presente, estriba, pues, en que uno esté fuera del mundo y fuera de sí. Esto es literalmente, lo que significa "ex-tasis": estar fuera de sí y del mundo» (53).

* * *

Y en este punto Ortega, sin perder el hilo de su exposición, hace un quebro y nos pone en guardia porque, los arrebatos místicos y los enamoramientos sublimes tienen un algo de delirante y calenturiento, que produce una excesiva propensión a sacar fuera de sí a los individuos, todo lo cual no puede resultar muy satisfactorio para quien, como vimos anteriormente, escribió, hablando del yo sólido, de la personalidad fuerte: «no teme que le suceda eso que llaman perder la personalidad. Seguro de no disolverse en lo ajeno, se lanza a la aventura de trashumar por todos los corazones, y hecha la presa vuelve a sí mismo. Un yo poderoso no pierde tiempo en temores de ser absorbido por otro; antes al contrario, está seguro de ser él el absorbente». Por ello, en cierta medida, y no sin cierta ironía, recoge velas, y nos recuerda que la plenitud pudiera muy bien consistir en saber estar sobre sí.

«Y conviene advertir aquí que hay dos tipos irreductibles de hombres: los que sienten la felicidad como un estar fuera de sí, y los que, por el contrario, sólo se sienten en plenitud cuando están sobre sí.

Desde el aguardiente hasta el trance místico, son variadísimos los medios que existen para salir fuera de sí. Como son muchos —desde la ducha hasta la filosofía— los que producen el estar sobre sí...

Estas dos clases de hombres se separan en todos los planos de la vida... El afán de salir fuera de sí ha creado todas las formas de lo orgiástico: embriaguez, misticismo, enamoramiento, etc. Yo no digo con ello que todas "val-

(53) *Estudios sobre el amor*, «Amor en Stendhal». VII. Enamoramiento, éxtasis e hipnotismo.

gan" lo mismo; únicamente insinúo que pertenecen a un mismo linaje y tienen una raíz calando en la orgía. Se trata de descansar del peso que es vivir sobre sí, trasladándonos a otro que nos sostenga y conduzca» (54).

Y en otro lugar se apunta que esta huida de sí para centrarse en otro ser puede significar, en cuanto búsqueda de reposo, síntoma de cansancio vital:

«... el alma enamorada realiza la mágica empresa de transferir a otra alma su centro de gravedad, y esto sin dejar de ser alma. Entonces reposa» (55).

Otro factor que vamos a considerar, como posible elemento de alienación de la personalidad individual es la sociedad y la ordenación jurídica de la misma, el Estado.

En este punto y en el siguiente, el hombre frente a la naturaleza nos conviene tener presentes o, mejor aún, compresentes, algunas de las ideas de Hegel sobre la alienación. Concretamente, las siguientes nociones sobre lo que la alienación es:

— Ruptura del hombre con un doble medio natural y cultural-social. De esta alienación surge la conciencia en cuanto separada y distinta; dejando el hombre de ser uno con la naturaleza y la cultura en que vive. Es una contribución a la delimitación del hombre como persona, como algo no inmerso e indiferenciado respecto del medio.

-- En un segundo sentido, el hombre se reintegra a lo social, constituye el Estado, la sociedad política. Ello es fruto, no de un hipotético pacto o contrato social, sino de una evolución histórica.

Aquí también nos encontramos con que el establecimiento de la personalidad individual es un estadio posterior a la conciencia colectiva, en el seno de una sociedad tradicional. La conciencia individual aparece como un desgarramiento producido en la conciencia colectiva.

«Únicamente como soledad, como desgajamiento, percibe el primitivo su persona singular. Lo individual y cuanto en lo individual se funda, le produce terror y es sinónimo para él de debilidad e insuficiencia.

Lo firme y seguro se halla en la colectividad, cuya existencia es anterior a cada individuo, que éste halla ya hecha cuando despierta a la vida... Pensar, querer, sentir es para estos hombres circular por cauces preformados, re-

(54) *Estudios sobre el amor*, «Amor en Stendhal». VII. Enamoramiento, éxtasis e hipnotismo.

(55) *El espectador*, V y VI. «Vitalidad, alma, espíritu». V. El alma como excentricidad.

petir en sí mismos un inveterado repertorio de actitudes. Lo espontáneo en este modo de ser es la fervorosa sumisión y adaptación a lo recibido, a la tradición, dentro de la cual vive el individuo inmerso, y que es para él inmutable realidad.

Este es el estado de espíritu tradicionalista que ha actuado en nuestra Edad Media y dirigió la historia griega hasta el siglo VII, la romana hasta el III antes de Jesucristo» (56).

«Sin embargo, dentro de esta alma colectiva, tejida de tradiciones, que reside en cada uno, comienza desde luego a formarse un pequeño núcleo central: el sentimiento de la individualidad. Este sentimiento se origina en una tendencia antagónica de la que ha ido plasmando el alma tradicional. Ha sido un puro error suponer que la conciencia de la propia individualidad era una noción primaria y como aborígen en el hombre. Se pretendía que el ser humano se siente originariamente individuo y que luego busca a otros hombres para formar con ellos sociedad. La verdad es lo contrario: comienza el sujeto por sentirse elemento de un grupo, y sólo después va separándose de él y conquistando poco a poco la conciencia de su singularidad. Primero es el "nosotros" y luego el "yo". Nace éste, pues, con el carácter secundario de secesión. Quiero decir que el hombre va descubriendo su individualidad en la medida en que va sintiéndose hostil a la colectividad y opuesto a la tradición» (57).

«En cambio, el modo individualista vuelve la espalda a todo lo recibido, repudiándolo precisamente por ser recibido, y en su lugar aspira a producir un pensamiento nuevo, que valga por su propio contenido.

Este pensamiento... tiene que ser una razón... Desde este momento, en el alma de cada hombre actúan dos fuerzas antagónicas: la tradición y la razón. Poco a poco irá ésta ganando terreno a aquélla, lo cual implica que la vida espiritual se ha convertido en lucha íntima, y de unitaria se ha disociado en dos tendencias enemigas.

Mientras el alma primitiva, al nacer, acepta el mundo que halla constituido, el nacimiento de la individualidad contiene, desde luego, la negación de ese mundo. Pero al repudiar lo tradicional se encuentra el sujeto forzado a reconstruir el universo por sí mismo, con su razón» (58).

«Suele con error creerse que la psique humana se forma partiendo de un núcleo central en lo más íntimo de cada persona, que luego va engrosando el volumen del alma hasta tocar la del prójimo y formar así la espiritualidad social. Tal suposición impide la inteligencia de la psicología primitiva. La ver-

(56) *El tema de nuestro tiempo*, «El ocaso de las revoluciones».

(57) *Idem*, *ídem*.

(58) *Idem*, *ídem*.

dad es más bien lo inverso. Lo que primero se forma de cada alma es su periferia, la película que da a los demás, la persona o yo social. Se cree lo que creen los demás; se sienten emociones multitudinarias. Es el grupo humano quien, en rigor, piensa y siente en cada sujeto... Este alma primitiva sentía la individuación como un desgarramiento doloroso del bloque social en que vive engastada» (59).

En estas cuestiones la pluma del pensador de El Escorial parece recargarse de tintes sombríos.

«En suma, que suplanto mi yo individual por el yo social, dejo de vivir yo mi vida auténtica y hago que ésta se conforme según un molde mostrenco, común, anónimo. De ser individual paso a ser comunal, práctico vital comunismo, en el orden del pensamiento.

Precisemos algunos de los elementos que van implicados en esta transmutación, en ese —como instintivo— recurso de mi yo auténtico al inauténtico yo social; inauténtico porque, gústeme o no, yo no soy los demás, la gente» (60).

«En algunas épocas el hombre domina esa tendencia a abandonarse en lo colectivo y vuelve a sí mismo, desecha la idea ambiente y busca hacerse una propia, individualísima opinión» (61).

En el Estado y el hombre-masa se cifran los más claros exponentes de los efectos alienantes de lo colectivo sobre lo individual.

«Un hombre de hoy no es nada —no tiene derechos ni calidades— si no es un ciudadano de un Estado. Pero el Estado es una colectividad previa a cada individuo. "Los demás" nos preceden como una condición de nuestra existencia jurídica, moral y social. El extracto primario de nuestro ser es, pues, un tejido hecho de colectividad. Lo propio acontecía con el mundo antiguo. El individuo comenzaba por ser miembro de una ciudad y sólo como tal tenía existencia humana» (62).

«Mas aún normalmente no me doy cuenta de mi vida auténtica, de lo que ésta es en su radical soledad y verdad, sino que vivo presuntamente cosas presuntas, vivo entre interpretaciones de la realidad que mi contorno social, la tradición humana ha ido inventando y acumulando..., es decir, solemos hacer que vivimos, pero no vivimos efectivamente nuestro auténtico vivir, el que tendríamos que vivir si, deshaciéndonos de todas esas interpretaciones recibidas de los demás entre quienes estamos y que suele llamarse

(59) *El espectador*, VII y VIII. «Egipcios. Falta de individualidad».

(60) *Unas lecciones de metafísica*, lecc. VIII.

(61) *Idem*, *ídem*.

(62) *El espectador*, RTV, «Notas del vago estío». IV. Ideas de los castillos.

"sociedad", tomásemos, de cuando en cuando, enérgico, evidente contacto con nuestra vida en cuanto realidad radical... En la realidad auténtica del humano vivir va incluido el deber de la frecuente retirada al fondo solitario de sí mismo» (63).

Los otros, el entorno social, tienen un efecto deformador que la personalidad con pretensiones de autenticidad debe depurar.

Esta idea vuelve a aparecer una vez más en el siguiente, largo, párrafo de *El hombre y la gente*:

«Como ese mundo humano ocupa el primer término en la perspectiva de mi mundo, veo todo el resto de éste, y mi vida y a mí mismo, al través de los otros, de ellos. Y como ellos en torno mío no cesan de actuar, manipulando las cosas y, sobre todo, hablando, esto es, operando sobre ellas, yo proyecto sobre la realidad radical de mi vida cuanto les veo hacer y les oigo decir - con lo cual aquella mi realidad radical tan mía y sólo mía queda cubierta a mis propios ojos con una costra formada por lo recibido de los otros hombres, por sus tejemanejes y decires y me habitúo a vivir normalmente en un mundo presunto o verosímil creado por ellos, que suelo dar, sin más, por auténtico y considero como la realidad misma—. Sólo cuando mi docilidad a lo que los otros hombres hacen y dicen, me lleva a situaciones absurdas, contradictorias o catastróficas, me pregunto qué hay de verdad en todo ello, es decir, me retiro momentáneamente de la pseudo-realidad de la convencionalidad en que con ellos convivo, a la autenticidad de mi vida como radical soledad. De modo que en uno u otro grado, dosis y frecuencia vivo efectivamente una doble vida, cada una de ellas con su propia óptica y perspectiva. Y si observo en mi alrededor, me parece sospechar que a cada uno de los otros le pasa lo mismo, pero —y esto es de notar— a cada uno en dosis diferentes. Hay quien no vive casi más que la pseudo-vida de la convencionalidad, y hay, en cambio, casos extremos en que entreveo al otro enérgicamente fiel a su autenticidad. Entre ambos polos se dan todas las ecuaciones intermedias, pues se trata de una ecuación entre lo convencional y lo auténtico que en cada uno de nosotros tiene cifras distintas. Es más, en nuestro primer momento de trato con el otro, sin darnos cuenta especial de ello, calculamos su ecuación vital, es decir, cuánto en él hay de convencional y cuánto de auténtico. Pero conste, que aun en el caso de máxima autenticidad, el individuo humano vive la mayor porción de su vida en el pseudo-vivir de la convencionalidad circundante o social, como vamos a ver en las lecciones siguientes con algún pormenor. Y como los otros son "los hombres" —yo en

(63) *El hombre y la gente*, V. «La vida interindividual».

mi soledad no podría llamarme con un nombre genérico como es el de "hombre"—, resulta que veo el mundo y mi vida y a mí mismo según las fórmulas de ellos, esto es, veo todo eso teñido por los otros hombres, impregnado de su humanidad, en suma, humanizado, donde esta palabra ahora es de valor neutro; no sugiere si eso, el mundo humanizado según el evangelio de los humanos que son los otros, es cosa buena o mala. Sólo un punto es taxativo: que ese mundo que me es humanizado por los otros no es mi auténtico mundo, no tiene una realidad incuestionable, es sólo más o menos verosímil, en muchas de sus partes ilusorio y me impone el deber no ético, sino vital, de someterlo periódicamente a depuraciones a fin de que sus cosas queden puestas en su punto, cada una con el coeficiente de realidad o irrealdad que le corresponde. Esta técnica de depuración inexorable es la filosofía.

De esta manera nuestro análisis de la realidad radical que es la vida de cada cual nos ha llevado a descubrir que, normalmente, no vivimos en ella, sino que pseudo-vivimos al convivir con el mundo de los hombres, es decir, al vivir en "sociedad".

* * *

Como este es el gran tema del presente curso procurábamos, paso a paso, sin tolerarnos atropellamiento ni prisa, ir viendo cómo nos aparecen los distintos componentes de ese mundo humano o social y cuál es su textura» (64).

Una y otra vez se repite lo mismo: el elemento despersonalizador latente en lo social y colectivo.

«En la medida que yo pienso y hablo, no por propia e individual evidencia, sino repitiendo esto que se dice y que se opina, mi vida deja de ser mía, dejo de ser el personaje individualísimo que soy, y actúo por cuenta de la sociedad: soy un autómatas social, estoy socializado» (65).

Ya hemos visto anteriormente cómo se establecía que el hombre de hoy no es nada si no es como ciudadano de un Estado. Queda establecida una relación estrecha entre Estado y hombre-masa. El tipo medio del ciudadano lo da el hombre-masa. Y como se ha dicho que el hombre no es nada si no se sustenta en una ciudadanía, se llega a la configuración del hombre medio como hombre-masa.

«Me refiero al peligro mayor que hoy amenaza a la civilización europea. Como todos los demás peligros que amenazan a esta civilización, también

(64) *El hombre y la gente*, VII. «El peligro que es el "otro" y la sorpresa que es el "yo"».

(65) *Idem*, VIII. «De pronto, aparece la gente».

éste ha nacido de ella. Más aún: constituye una de sus glorias; es el Estado contemporáneo.

... En nuestro tiempo, el Estado ha llegado a ser una máquina formidable que funciona prodigiosamente, de una maravillosa eficiencia por la cantidad y precisión de sus medios. Plantada en medio de la sociedad, basta tocar un resorte para que actúen sus enormes palancas y operen fulminantes sobre cualquier trozo del cuerpo social.

El Estado contemporáneo es el producto más visible y notorio de la civilización. Y es muy interesante, es revelador, percatarse de la actitud que ante él adopta el hombre-masa. Este lo ve, lo admira, sabe que está ahí, asegurando su vida; pero no tiene conciencia de que es una creación humana inventada por ciertos hombres y sostenida por ciertas virtudes y supuestos que hubo ayer en los hombres y que puede evaporarse mañana. Por otra parte, el hombre-masa ve en el Estado un poder anónimo y, como él se siente a sí mismo anónimo —vulgar—, cree que el Estado es cosa suya. Imagínese que sobreviene en la vida pública de un país cualquiera dificultad, conflicto o problema: el hombre-masa tenderá a exigir que inmediatamente lo asuma el Estado, que se encargue directamente de resolverlo con sus gigantescos e incontrastables medios.

Este es el mayor peligro que hoy amenaza a la civilización: la estatificación de la vida, el intervencionismo del Estado, la absorción de toda espontaneidad social por el Estado; es decir, la anulación de la espontaneidad histórica, que, en definitiva, sostiene, nutre y empuja los destinos humanos. Cuando la masa siente alguna desventura o, simplemente, algún fuerte apetito, es una gran tentación para ella esa permanente y segura posibilidad de conseguir todo —sin esfuerzo, lucha, duda, ni riesgo— sin más que tocar el resorte y hacer funcionar la portentosa máquina. La masa se dice: "El Estado soy yo", lo cual es un perfecto error. El Estado es la masa sólo en el sentido en que puede decirse de dos hombres que son idénticos, porque ninguno de los dos se llama Juan. Estado contemporáneo y masa coinciden sólo en ser anónimos. Pero el caso es que el hombre-masa cree, en efecto, que él es el Estado, y tenderá cada vez más a hacerlo funcionar con cualquier pretexto, a aplastar con él toda minoría creadora que lo perturbe —que lo perturbe en cualquier orden: en política, en ideas, en industria—.

El resultado de esta tendencia será fatal. La espontaneidad social quedará violentada una vez y otra por la intervención del Estado; ninguna nueva simiente podrá fructificar. La sociedad tendrá que vivir para el Estado; el hombre, para la máquina del Gobierno. Y como a la postre no es sino una máquina cuya existencia y mantenimiento dependen de la vitalidad circun-

dante que la mantenga, el Estado, después de chupar el tuétano a la sociedad, se quedará hético, esquelético, muerto con esa muerte herrumbrosa de la máquina, mucho más cadavérica que la del organismo vivo» (66).

La política se presenta, consecuentemente con todo lo anterior, como algo despersonalizado y, por tanto, según el contexto de nuestro enfoque, alienante.

«El politicismo integral, la absorción de todas las cosas y de todo el hombre de la política, es una y misma cosa con el fenómeno de rebelión de las masas que aquí se describe. La masa en rebeldía ha perdido toda capacidad de religión y de conocimiento. No puede tener dentro más que política, una política exorbitada, frenética, fuera de sí, puesto que pretende suplantar al conocimiento, a la religión, a la *sagesse* - en fin, a las únicas cosas que por su sustancia son aptas para ocupar el centro de la mente humana. La política vacía al hombre de soledad e intimidad, y por eso es la predicación del politicismo integral una de las técnicas que se usan para socializarlo» (67).

El protagonista humano de toda esta trama ya se ha visto que es el hombre-masa, un hombre vaciado de su propia sustancia y repleto de contenido gregario. Podría ser el prototipo del hombre alienado en cuanto que su esencia está vacía de autenticidad y basada en algo ajeno a su propia e inalienable realidad.

«Este hombre-masa es el hombre previamente vaciado de su propia historia, sin entrañas de pasado y, por lo mismo, dócil a todas las disciplinas llamadas "internacionales". Más que un hombre, es sólo un caparazón de hombre constituido por meros *idola fori*; carece de un "dentro", de una intimidad suya, inexorable e inalienable, de un yo que no se pueda revocar. De aquí que esté siempre en disponibilidad para fingir ser cualquier cosa. Tiene sólo apetitos, cree que tiene sólo derechos y no cree que tiene obligaciones: es el hombre sin la nobleza que obliga - *sine nobilitate* -, *snob*» (68).

«Masa es todo aquél que no se valora a sí mismo - en bien o en mal - por razones especiales, sino que se siente "como todo el mundo" y, sin embargo, no se angustia, se siente a sabor al sentirse idéntico a los demás» (69).

La personalidad que pretenda seguir sus propios caminos, y no los comunes y trillados, encontrará aquéllos erizados de dificultades, e incluso de peligros.

(66) *La rebelión de las masas*, XIII. «El mayor peligro, el Estado».

(67) *Idem*, «Prólogo para franceses», IV.

(68) *Idem*, *idem*, III.

(69) *Idem*, I. «El hecho de las aglomeraciones».

«La masa arrolla todo lo diferente, egregio, individual, calificado y selecto. Quien no sea como todo el mundo, quien no piense como todo el mundo, corre el riesgo de ser eliminado... Ahora "todo el mundo" es sólo la masa» (70).

* * *

El último elemento que vamos a tomar en consideración como componente de la circunstancia es la naturaleza, y la relación del hombre con la misma.

El entorno cósmico puede ejercer, y de hecho ejerce, una presión sobre el individuo, una presión que en mayor o menor medida condicione o dificulte el logro pleno de los propios valores personales.

Ello supone, por lo tanto, una acción de alienación de la naturaleza sobre el individuo. En este contexto, y con carácter de antídoto hay que situar el papel de la técnica: la técnica debe permitir al hombre conseguir el dominio de la naturaleza, de manera que ésta no resulte obstáculo para la autorrealización. Esta supone un movimiento de ruptura con el mundo cósmico, de diferenciación respecto al mismo.

«Sólo el hombre en quien el alma se ha formado plenamente posee un centro aparte y suyo desde el cual vive sin coincidir con el cosmos. ¡Dualidad terrible, antagonismo delicioso! Ahí, el mundo que existe y opera desde su centro metafísico. Aquí, yo, encerrado en el reducto de mi alma, "fuera del Universo", manando sentires y anhelos desde un centro que soy yo y no es del Universo. Nos sentimos individuales merced a esta misteriosa excentricidad de nuestra alma. Porque frente a la naturaleza y espíritu, alma es eso: vida excéntrica» (71).

Frente a la naturaleza, el hombre primitivo se encuentra enajenado, lo mismo que le sucedía frente a la colectividad. En un comentario sobre Hegel, leemos:

«La única historia natural es la prehistoria, en la que estudiamos a un ser que puede ser histórico cuando aún es sólo natural. Prisionero aún de la naturaleza, vive el hombre ignaro de sí mismo, enajenado y fuera de su propio ser. Vive, pues, incubando un futuro ser. Esto es, en general, para Hegel la naturaleza: aquella realidad que procede y prepara al espíritu. En ella, mezclado con los animales y con el paisaje, fermenta lo humano» (72).

(70) *La rebelión de las masas*, I. «El hecho de las aglomeraciones».

(71) *El espectador*, V y VI. «Vitalidad, alma, espíritu». V. El alma como excentricidad.

(72) *El espectador*, VII y VIII. «Hegel y América», II.

Ya se ha visto cómo en la resolución del problema que su propia vida plantea al hombre, juega la capacidad de ensimismarse, de mantener clara la conciencia de sí, un papel importante.

«Casi todo el mundo está alterado, y en la alteración el hombre pierde su atributo más esencial: la posibilidad de meditar, de recogerse dentro de sí mismo para ponerse consigo mismo de acuerdo y precisarse qué es lo que cree; lo que de verdad estima y lo que de verdad detesta. La alteración le obnubila, le ciega, le obliga a actuar mecánicamente en un frenético sonambulismo... el hombre puede, de cuando en cuando, suspender su ocupación directa de las cosas, desasirse de su derredor, desentenderse de él, y sometiendo su facultad de atender a una torsión radical —incomprensible zoológicamente—, volverse, por decirlo así, de espaldas al mundo y meterse dentro de sí, atender a su propia intimidad o, lo que es igual, ocuparse de sí mismo y no de lo otro, de las cosas... el poder que el hombre tiene de retirarse virtual y provisionalmente del mundo, y meterse dentro de sí, o dicho con un espléndido vocablo, que sólo existe en nuestro idioma: que el hombre puede ensimismarse.

Nótese que esta maravillosa facultad que el hombre tiene de libertarse transitoriamente de ser esclavizado por las cosas, implica dos poderes muy distintos: uno, el poder desatender más o menos tiempo el mundo en torno sin riesgo fatal; otro, el tener dónde meterse, dónde estar, cuando se ha salido virtualmente del mundo» (73).

La técnica se encuentra, pues, con la misión de crear un margen de seguridad que permita al hombre retirarse dentro de sí mismo.

«Por eso, si el hombre goza de ese privilegio de liberarse transitoriamente de las cosas, y poder entrar y descansar en sí mismo, es porque con su esfuerzo, su trabajo y sus ideas ha logrado reobrar sobre las cosas, transformarlas y crear en su derredor un margen de seguridad siempre limitado, pero siempre o casi siempre en aumento.

Esta creación específicamente humana es la técnica. Gracias a ella, y en la medida de su progreso, el hombre puede ensimismarse» (74).

«... el hombre, por lo visto, no es circunstancia, sino que está sólo sumergido en ella y puede en algunos momentos salirse de ella y meterse en sí, recogerse, ensimismarse, y sólo consigue ocuparse en cosas que no son directa e inmediatamente atender a los imperativos o necesidades de su circunstancia. En estos momentos, extra o sobrenaturales de ensimismamiento o retracción en sí, inventa y ejecuta ese segundo repertorio de actos: ... estos

(73) *El hombre y la gente*, I. «Ensimismamiento y alteración».

(74) *Idem*, *idem*.

actos modifican o reforman la circunstancia o naturaleza, logrando que en ella haya lo que no hay -- sea que no lo hay aquí y ahora cuando se necesita, sea que en absoluto no lo hay--. Pues bien: estos son los actos técnicos, específicos del hombre. El conjunto de ellos es la técnica, que podemos, desde luego, definir como la reforma que el hombre impone a la naturaleza en vista de la satisfacción de sus necesidades» (75).

«Y he aquí como la meditación sobre la técnica nos hace tropezar dentro de ella como con el hueso en un fruto, con el raro misterio del ser del hombre. Porque es este un ente forzado, si quiere existir, a existir en la naturaleza; sumergido en ella; es un animal. Zoológicamente, vida significa todo lo que hay que hacer para sostenerse en la naturaleza. Pero el hombre se las arregla para reducir al *minimum* esa vida, para no tener que hacer lo que tiene que hacer el animal. En el hueco que la superación de su vida animal deja, vaca el hombre a una serie de quehaceres no biológicos, que no le son impuestos por la naturaleza, que él se inventa a sí mismo. Y precisamente a esa vida inventada... es a lo que el hombre llama vida humana, bienestar» (76).

«El hombre, quiera o no, tiene que hacerse a sí mismo, autofabricarse... Para el hombre vivir es, desde luego y antes que otra cosa, esforzarse en que haya lo que aún no hay, a saber, él, él mismo, aprovechando para ello lo que hay; en suma, es producción... Vivir, es decir, hallar los medios para realizar el programa que se es... Ya que para existir tiene que estar en el mundo, y éste no realiza por sí y sin más el ser del hombre, sino que le pone dificultades, el hombre se resuelve a buscar en él la máquina oculta que encierra para servir al hombre... porque el hombre tiene una tarea muy distinta que la del animal, una tarea extranatural, no puede dedicar sus energías como aquél a satisfacer sus necesidades elementales, sino que, desde luego, tiene que ahorrarlas en ese orden para poder vacar con ellas a la improbable faena de realizar su ser en el mundo.

He aquí por qué el hombre empieza cuando empieza la técnica. La holgura menor o mayor, que ésta le abre en la naturaleza, es el alvéolo donde puede alojar su excéntrico ser. Por eso insistí en que el sentido y la causa de la técnica están fuera de ella, a saber: en el empleo que da el hombre a sus energías vacantes, liberadas por aquélla.

La misión inicial de la técnica es esa: dar franquía al hombre para poder vacar a ser sí mismo» (77).

(75) *Meditación de la técnica*, I. «Primera escaramuza como el tema».

(76) *Idem*, III. «El esfuerzo para ahorrar esfuerzo es esfuerzo. El problema de esfuerzo ahorrado. La vida inventada».

(77) *Idem*, V. «La vida como fabricación de sí misma. Técnica y deseos».

Ya se ha señalado con anterioridad que la personalidad tiene una proyección hacia el exterior: tanto más acusada cuanto más enérgica sea la individualidad en que se sustente. Quiere ello decir que el ensimismamiento es sólo una fase de la actividad de los individuos, y que hay otro tipo de actividad, igualmente importante, de acción, e incluso de alienación, sobre la circunstancia, a la que un espíritu fuerte tratará de modelar a su imagen y semejanza.

Esta actitud dialéctica se refleja en la actividad técnica del hombre.

«... el hombre es técnico, es capaz de modificar su contorno en el sentido de su conveniencia, porque aprovechó todo respiro que las cosas le dejaban para ensimismarse, para entrar dentro de sí y forjarse ideas sobre ese mundo, sobre esas cosas y su relación con ellas, para fraguarse un plan de ataque a las circunstancias, en suma, para construirse un mundo interior. De este mundo interior emerge y vuelve al de fuera. Pero vuelve en calidad de protagonista, vuelve con un sí mismo que antes no tenía —con su plan de campaña—, no para dejarse dominar por las cosas, sino para gobernarlas él, para imponerles su voluntad y su designio, para realizar en ese mundo de fuera sus ideas, para modelar el planeta según las preferencias de su intimidad. Lejos de perder su propio sí mismo en esta vuelta al mundo, por el contrario, lleva su sí mismo a lo otro, lo proyecta enérgica, señorialmente sobre las cosas, es decir, hace que lo otro —el mundo— se vaya convirtiendo poco a poco en él mismo.

El hombre humaniza al mundo, le inyecta, lo impregna de su propia sustancia ideal y cabe imaginar que, un día de entre los días, allá en los fondos del tiempo, llegue a estar ese terrible mundo exterior tan saturado de hombre, que puedan nuestros descendientes caminar por él como mentalmente caminamos hoy por nuestra intimidad —cabe imaginar que el mundo, sin dejar de serlo, llegue a convertirse en algo así como un alma materializada» (78).

«Son, pues, tres momentos diferentes que cíclicamente se repiten a lo largo de la historia humana en formas cada vez más complejas y densas: 1.º El hombre se siente perdido, náufrago en las cosas; es la alteración. 2.º El hombre, con un enérgico esfuerzo, se retira a su intimidad para formarse ideas sobre las cosas y su posible dominación en el ensimismamiento, la *vita* contemplativa que decían los romanos, el *theoretikos bios* de los griegos, la *theoría*. 3.º El hombre vuelve a sumergirse en el mundo para actuar en él conforme a un plan preconcebido; es la acción, la vida activa, la *praxis*.

(78) *El hombre y la gente*, I. «Ensimismamiento y alteración».

Según esto, no puede hablarse de acción, sino en la medida en que va a estar regida por una previa contemplación; y viceversa, el ensimismamiento no es sino un proyectar la acción futura» (79).

De esta forma se completa el análisis de las relaciones del hombre con el elemento cósmico de la circunstancia.

ALFONSO RODRÍGUEZ PALENCIA

APENDICE BIBLIOGRAFICO

- Notas*. Colección Austral, núm. 45, 9.^a edición, Espasa Calpe. Madrid, 20-X-64.
- Ideas y creencias*. Colección Austral, núm. 151, 7.^a edición, Espasa Calpe. Madrid, 11-VII-68.
- Meditación de la técnica*. Colección Austral, núm. 1.360, Espasa Calpe. Madrid, 1-II-65.
- El tema de nuestro tiempo*. Colección Austral, núm. 11, 12.^a edición, Espasa Calpe. Madrid, 30-I-68.
- Estudios sobre el amor*. Colección Austral, núm. 1.338, 2.^a edición, Espasa Calpe. Madrid, 27-V-66.
- Meditaciones del Quijote. Ideas sobre la novela*. Colección Austral, núm. 1.350, Espasa Calpe. Madrid, 16-XI-64.
- El espectador* (Selección). Biblioteca básica Salvat de libros RTV, núm. 4. Madrid, 1969.
- — Tomo I. Colección Austral, núm. 1.381, Espasa Calpe. Madrid, 25-II-66.
- — Tomo II. Colección Austral, núm. 1.390, Espasa Calpe. Madrid, 24-III-66.
- — Tomos III y IV. Colección Austral, núm. 1.407, Espasa Calpe. Madrid, 24-V-66.
- — Tomos V y VI. Colección Austral, núm. 1.414, Espasa Calpe. Madrid, 4-VII-66.
- — Tomos VII y VIII. Colección Austral, núm. 1.420, Espasa Calpe. Madrid, 6-VII-66.
- Mocedades*. Colección Austral, núm. 201, 5.^a edición, Espasa Calpe. Madrid, 31-I-59.
- El hombre y la gente*. Colección Austral, núm. 1.501, Espasa Calpe. Madrid, 19-V-72.
- La rebelión de las masas*. Colección Austral, núm. 1, 15.^a edición, Espasa Calpe. Madrid, 5-V-61.
- Unas lecciones de metafísica*. Alianza Editorial, núm. 1, 3.^a edición. Madrid, 1970.
- La redención de las provincias*. Alianza Editorial, núm. 81, Madrid, 1967.
- Misión del bibliotecario*. Colección El Arquero, Revista de Occidente. Madrid, 1962.
- España invertebrada*. Colección El Arquero, Revista de Occidente, 15.^a edición. Madrid, 1967.

(79) *El hombre y la gente*, I. «Ensimismamiento y alteración».

the Ca^{2+} concentration in the cytosol, and the Ca^{2+} concentration in the endoplasmic reticulum (ER) lumen. The Ca^{2+} concentration in the ER lumen is maintained at a high level by the Ca^{2+} -ATPase pump located in the ER membrane.

The Ca^{2+} concentration in the cytosol is maintained at a low level by the Ca^{2+} -ATPase pump located in the plasma membrane. The Ca^{2+} concentration in the cytosol is also regulated by the Ca^{2+} release channels located in the ER membrane.

References

1. Berridge MJ (1984) Inositol triphosphate and diacylglycerol: mediators of cellular excitation. *Nature* 312:319-325.
2. Berridge MJ (1987) The eukaryotic cell as a calcium storehouse. *Cell* 49:533-538.
3. Berridge MJ (1989) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 58:29-38.
4. Berridge MJ (1990) Inositol triphosphate and diacylglycerol: mediators of cellular excitation. *Cell* 61:29-38.
5. Berridge MJ (1993) The eukaryotic cell as a calcium storehouse. *Cell* 73:13-22.
6. Berridge MJ (1994) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 77:125-134.
7. Berridge MJ (1995) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 80:291-298.
8. Berridge MJ (1996) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 84:291-298.
9. Berridge MJ (1997) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 89:291-298.
10. Berridge MJ (1998) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 94:291-298.
11. Berridge MJ (1999) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 99:291-298.
12. Berridge MJ (2000) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 104:291-298.
13. Berridge MJ (2001) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 109:291-298.
14. Berridge MJ (2002) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 114:291-298.
15. Berridge MJ (2003) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 119:291-298.
16. Berridge MJ (2004) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 124:291-298.
17. Berridge MJ (2005) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 129:291-298.
18. Berridge MJ (2006) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 134:291-298.
19. Berridge MJ (2007) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 139:291-298.
20. Berridge MJ (2008) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 144:291-298.
21. Berridge MJ (2009) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 149:291-298.
22. Berridge MJ (2010) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 154:291-298.
23. Berridge MJ (2011) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 159:291-298.
24. Berridge MJ (2012) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 164:291-298.
25. Berridge MJ (2013) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 169:291-298.
26. Berridge MJ (2014) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 174:291-298.
27. Berridge MJ (2015) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 179:291-298.
28. Berridge MJ (2016) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 184:291-298.
29. Berridge MJ (2017) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 190:291-298.
30. Berridge MJ (2018) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 195:291-298.
31. Berridge MJ (2019) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 200:291-298.
32. Berridge MJ (2020) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 205:291-298.
33. Berridge MJ (2021) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 210:291-298.
34. Berridge MJ (2022) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 215:291-298.
35. Berridge MJ (2023) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 220:291-298.
36. Berridge MJ (2024) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 225:291-298.
37. Berridge MJ (2025) Calcium signalling: the rise and fall of the second messenger. *Cell* 230:291-298.